

LUIS BARRAGÁN: ARQUITECTURA MEXICANA, SERENA Y SIN TIEMPO

Muros en rosa pálido, amarillo limón, violeta. Piscinas de turbulento contenido. Espacio y color, sonido y silencio, luz y sombra, el ineludible paisaje natural. Tales son los ingredientes de la arquitectura poética de Luis Barragán aspira a rodear al hombre de belleza y con ellos a logrado convertir en una realidad los espacios surrealistas de pintores como de Chirico y Magritte.

Barragán ganó el Premio Nacional de Artes en 1976 y el Premio de Arquitectura Pritzker en 1980. San Cristóbal, una casa con cuadras y albercas ubicada en

“Los Clubes”, un suburbio residencial de la Ciudad de México, también diseñado por él, es un magnífico ejemplo de su obra. El proyecto se terminó en 1968 con la colaboración del arquitecto Andrés Casillas.

En San Cristóbal, los espacios exteriores evocan recuerdos de antiguas haciendas que Barragán conoció de niño y los elegantes colores típicos del arquitecto, cobran vida como nunca antes. Un detalle peculiar revela una característica presente a menudo en la obra de Barragán: sus muros, aparentemente sólidos, poseen un interior líquido. En el área de las cuadras, un estanque se alimenta de agua que brota de la esquina de una pared.

Luis Barragán nació en Guadalajara en 1902 parte de su infancia la vivió en los ranchos de su familia en Jalisco. Se tituló en la Universidad de Guadalajara en 1925, en la carrera de ingeniería. Los dos años que pasó en Europa motivaron su interés en la arquitectura paisajista. Al regresar a su ciudad natal, construyó varias residencias, y en 1936 se trasladó a la Ciudad de México.

La carrera de Barragán se inició en una época en la que los estilos internacionales imperaban en la arquitectura mexicana y en la que la innovación iba rara vez más allá del mero ornato. La obra de Barragán, por el contrario encontró sus raíces en las plazas, acueductos, casas e iglesias de construcción anónima que son típicos del México provisional. El elemento más sobresaliente de su obra es el muro arquetípico.

Barragán ha evitado la tendencia moderna de sustituir las paredes por cortinas de vidrio que se abren al ambiente hostil y ruidoso de la ciudad; más bien, sus paredes aíslan el mundo exterior y crean una atmósfera de silencio. Como él mismo afirma: “Cualquier obra arquitectónica que no exprese serenidad constituye un error. Por eso ha sido un error sustituir la protección de los muros por el exagerado uso actual de enormes ventanales”. Sus paredes proporcionan un ambiente tranquilo que estimula las relaciones de quienes lo habitan. Esta es una de las paradojas arquitectónicas de Barragán: las paredes aíslan y, sin embargo, fomentan la comunicación al mismo tiempo.

El reverso de los muros repletos de agua de Barragán da la apariencia de solidez de los líquidos. El agua cubre a veces terrazas y jardines con una superficie rígida en la que se refleja el cielo y los cálidos de los muros cercanos; en ocasiones, un borbotón de agua quiebra la rigidez con su música acuática.

Constituyen los espacios otro de los aspectos fundamentales de su obra. Como él mismo declara, éstos deben ser “poéticos, misteriosos, encantadores y serenos”. Sus jardines tienen la influencia de la desbordante fantasía de la Alhambra de Granada, España: plenos de terrazas, sorpresas de fuentes y del misterioso jugueteo del agua, así como de los jardines persas. Dice Barragán: “Me parece que los arquitectos deberían diseñar jardines tan aprovechables como las casas que construyen, a fin de despertar el sentido de la belleza y el gusto, y la inclinación por las bellas artes y otros valores espirituales”.

En 1940, Barragán adquirió un amplio terreno en la vieja Calzada de Maderos en la ciudad de México, en el que comenzó la construcción de múltiples jardines, de los cuales existe todavía uno. Esto le inspiró un gran interés por aprovechar como área residencial las desoladas formaciones de roca volcánica al sur de la ciudad. Hombre de una enorme visión para los negocios y formidable maestro del Urbanismo, se embarcó en 1945 en su primer gran proyecto junto con José Alberto Bustamante, agente de bienes raíces, en la creación del desarrollo residencial Jardines del Pedregal.

Barragán quería transformar la escarpada extensión de lava solidificada, el “pedregal”, en un complejo de jardines que armonizaran con el ambiente natural. Acentuó los contornos de la lava con calles ondulantes, entrecruzadas por escalinatas y caminos. Dispuso las piscinas y los muros de basalto oscuro de tal forma que parecían haberse endurecido junto con la lava. En este contexto, las residencias debían de construirse de acuerdo con códigos estrictos, al menos durante las primeras etapas del desarrollo, el abrupto paisaje apenas se modificó para hacerlo habitable.

Hombre profundamente religioso, Barragán construyó una capilla, entre 1952 y 1955, para las Capuchinas Sacramentarias del Purísimo Corazón de María de Tlalpan, al sur de la ciudad. Las monjas católicas de esta orden claustral salen muy rara vez del convento. Barragán se inspiró en la sencillez de las estructuras religiosas de principios de la colonia para crear una capilla pletórica de luz dorada. Al referirse al placer de visitar los viejos conventos, dice: “La visita a estos claustros, celdas y patios solitarios, a la fecha deshabitados, nunca ha dejado de producirme un sentimiento arrobador de bienestar espiritual y paz”. En este ambiente místico, las cruces se integran plásticamente a la estructura. Una cruz iluminada por un costado deja caer su profunda sombra sobre el altar.

Barragán también construyó en la punta de una colina una capilla abierta para el proyecto residencial de Lomas Verdes (1964-1965). En este caso, la fuente de inspiración fue la llamada capilla abierta, una singular estructura que los conquistadores españoles construyeron para convertir al pueblo nativo a la religión católica. En Lomas Verdes, las calles forman ejes que desembocan en la capilla que se alza entre inmensos monolitos, como las cruces solitarias en los cerros de los poblados mexicanos.

En 1957, Barragán creó, junto con el escultor Mathias Goeritz, el símbolo para Ciudad Satélite: cinco torres triangulares de 30 a 50 metros de alto, pintadas con brillantes colores, que se alzan sobre un terreno inclinado. Estas precursoras del minimalismo parecen moverse mientras el observador avanza de un punto a otro.

En 1962 terminó Las Arboledas, un fraccionamiento planeado para los aficionados a la equitación, seguido por el de los Clubes, que también poseen caballerizas, veredas para montar a caballo y fuentes. En la fuente de los Amantes, Barragán diseñó una cámara de ecos para hacer reverberar el trote de los caballos sobre los pavimentos de piedra.

Barragán considera la arquitectura como la transformación del espacio al servicio del hombre. Para él, ésta constituye simplemente una forma de ser, un modo de acercarse al mundo. En este sentido, la memoria construye la materia prima indispensable para el proceso creador, resultando una arquitectura autobiográfica, plena de nostalgia por las visitas infantiles a los ranchos de la familia, a los mercados y a las fiestas. De las blancas casas de la provincia jalisciense, con sus techos cubiertos de tejas y sus patios interiores llenos de vida, proviene su concepción eterna del hábitat ideal.

AUTORÍA DEL DOMINIO PÚBLICO

“POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU”

Ciudad Universitaria, D.F.